

CENTENARIO

Este año 2113 se cumple un siglo de la declaración del Parque Nacional. En esa época mi abuelo era un zagal que disfrutaba recorriendo la Sierra de Guadarrama. Mis recuerdos de infancia me llevan junto al calor de una chimenea, escuchando embelesado sus pausadas descripciones de aquellos hermosos paisajes serranos. Según me contaba, el Macizo de Peñalara solía blanquearse cada otoño para no despojarse de su túnica alba hasta bien entrado el verano. Si el estío no apretaba demasiado, algunos ventisqueros resistían cobijados a la umbría la llegada del frío. Sus lagunas glaciares se congelaban en invierno, los regatos se derramaban saltarines hacia los valles y los cervunales permanecían verdes todo el año. Hoy, la nieve es un cano recuerdo, negros tremedales señalan el lugar donde antaño espejaban las lagunas, de los arroyos solo quedan cárcavas encharcadas y los pastos de montaña languidecen agostados. Qué dirían quienes bautizaron la cima más alta de la sierra con el nombre de su medieval alfoz burgalés si estuvieran pasado un milenio frente a su amada Peña Lara...

Mi abuelo tuvo la fortuna de saborear la historia de estos montes sintiéndose un monarca Trastámara que avizoraba *su* Cartuja del Paular encaramado al otero de Cerro Claveles, un soberano Austria admirado ante el panorama de *su* Monasterio de San Lorenzo desde la atalaya de Abantos, un rey Borbón cambiando el tiro de su carruaje en Casa Eraso camino de *su* Granja de San Ildefonso o el mismísimo emperador Napoleón de Bonaparte en Venta Juanilla afanado con sus planes de tomar Somosierra para conquistar Madrid.

Afila Siete Picos en la sombra su aguda dentellada, recitó mi abuelo a García Nieto labrado en granito frente a la legendaria Sierra del Dragón; refrescó su rostro en el caudaloso Lozoya de aguas prístinas; honró al Arcipreste y su *Libro de Buen Amor* en Malagosto, dominando allí *el solar viejo, el pardo y grave terruño segoviano con sus seculares castillos roqueros*, como dejó escrito Enrique de Mesa; siguió el rastro de Ibáñez Marín al Reventón para contemplar, aupado en la cimera de los Carpetanos, las cuencas del Duero y Tajo a la par; lloró a La Mujer Muerta en la Peña del Oso dejando deslizar sus

lágrimas por La Pedriza del Gamonal hasta La Garganta y el Río Moros; holló las Guarramillas –nunca hubiera dicho *Bola del Mundo*, le daba más valor al *Libro de la Montería* que a la toponimia moderna– sintiendo cómo palpitaba el Manzanares bajo el Ventisquero de la Condesa. Su mirada tuvo el privilegio de posarse en el crepúsculo de un día estival sobre la garrida mariposa isabelina, fijarse en el pastor apriscando su ganado en la majada o elevarse hacia el vuelo gallardo del buitre negro; recorrió la Cuerda Larga de poniente a levante, evocando en La Morcuera al dios romano de los caminos, epónimo del alto que une Miraflores y Rascafría. Su oído reconoció el tableteo del picapinos, el viento ululando entre los pinos de copas cimbreantes o el lejano aullido triste del lobo; su olfato, el aroma dulce del tomillar o la lluvia que prometen nubes cenicientas; sesteó tumbado en la hierba arrullado por el trino del carbonero; sintió la caricia del sol o la nevisca y sufrió también el látigo de la ventisca o el granizo; hundió sus botas en el manto blanco que cubría la cordillera cuando noviembre se asomaba al calendario –*Todos los santos, nieve en los altos, San Andrés, nieve en los pies*– llenando el reservorio que se liberaba a borbotones con el deshielo.

Por sus palabras supe también que un día el amarillo y verde de piornales y pastos coloreaba las alturas antes de que angustiados pinares y robledales, sitiados por la sequía, tomaran su espacio huyendo del calor ladera arriba. A través de su voz ronca imaginé vigorosos ríos como el Manzanares o el Eresma brincando cantarines para humillarse después a barrancos de lodo, huérfanos de sus alisedas y saucedas. Los embalses de Pinilla o Santillana se me antojaban pletóricos en abril, sin parangón con las ciénagas que ocupan hogaño esas vaguadas. En mi mente dibujé las dehesas salpicadas de lozanas encinas bajo las que rumiaban a la sombra negras avileñas, rubias limusinas y blancas charolesas; pero los pastizales mudaron a sedientos secarrales en los que nada cobija de la cólera del sol y donde hace tiempo no se escucha un mugido.

Ya nadie recuerda la delicada corteza del abedul, a qué huele un jaral o cómo canta un herrerillo. Veranos de nueve meses, la mitad de furiosa canícula, e inviernos tibios disfrazados de primavera arrinconaron a corzos, zorros y garduñas hasta diezmarlos. Lustros sin caer una gota, interrumpidos

por súbitos diluvios que arrasaban a los pocos supervivientes de *la seca*, colmaron la paciencia de las aves que venían cada año del norte; dejaron de visitarnos, llevándose consigo a otros pájaros residentes, migrantes en busca de agua y sustento, vaciando de sinfonía el paisaje sonoro del Guadarrama. Sin presas, desaparecieron depredadores. La falta de unos provocaba, en un lento y letal dominó, la ausencia de otros; el fin de la armonía. Los frondosos pinares de Valsain o de la Fuenfría casi se podían respirar escuchando a mi abuelo; bosques frescos, húmedos, verdes... antes de teñirse de negro y ceniza, tiznados por los fuegos insaciables que periódicamente asolaban la foresta, arruinada a continuación por las lluvias torrenciales que arrastraban todo a su paso. Las pobres coníferas no pudieron más que claudicar frente a un adversario tan colosal, agotadas de tanto luchar. Místicos tejos, cargados de sabiduría y espiritualidad, que llevaban más de un milenio en pie cedieron ante este invencible rival. Las multitudes que huían cada fin de semana del tráfico urbano en busca de asueto al aire libre y espacio para sus rapaces dejaron de hacerlo. Los pueblos serranos se vaciaron camino de las ciudades. Apenas un puñado de bizarros aventureros se atreve a recorrer un entorno tan hostil, en el que insectos llegados de otras tierras más meridionales campan a sus anchas amenazando a quien se cruza en su camino con males de otras latitudes. La falta de biodiversidad en los ecosistemas los tornó en semilleros de enfermedades; especies invasoras alteraron los equilibrios naturales y el estrés de la fauna convirtió a los pocos animales sobrevivientes en peligrosos enemigos por zoonosis.

Conozco las montañas, los valles y ríos del Guadarrama por mi abuelo. Le agradezco infinitamente haber conocido a través de sus relatos lo luminoso y hermoso que era este lugar triste y sombrío que es ahora. Para mí ya fue una quimera deslumbrarme con esa luz, admirar esa belleza. Y por esta razón, si pudiera dirigirme a las generaciones conocedoras de que todo esto iba a suceder, les preguntaría: ¿Por qué no hicisteis nada para impedirlo?

Sois culpables. Por renunciar a la acción cuando todavía estabais a tiempo; dilapidar un bien maravilloso y común que no os pertenecía en exclusiva; adorar los dictados de *influencers* del culto a la codicia marginando a Félix Rodríguez de la Fuente, Jane Goodall o David Attenborough, cuya

influencia nos hubiera salvado; abrazar irracionalmente el mantra del crecimiento a toda costa y los postulados de tribunos a sueldo de los cortoplacistas; cuestionar datos científicos irrefutables que anunciaban lo evitable; organizar pomposas conferencias internacionales en las que se cacareaba mucho y no se decidía nada, priorizando vuestro insostenible e inmoral nivel de vida a la salud futura. Por todo ello, aunque ya no estéis aquí para afrontar vuestra responsabilidad, no sois inocentes de lo que en este lúgubre 2113, estamos padeciendo. Habéis gozado de un planeta todavía habitable y placentero ignorando que esa gracia no era legado de vuestros padres; era un préstamo de vuestros hijos. Arruinasteis el porvenir con vuestras decisiones hasta dejarnos en herencia un infierno. Ya es tarde en 2113, la situación es irreversible; no lo era cuando Guadarrama nació como Parque Nacional, marcando un sendero que no se quiso continuar.

No basta con enseñar a conocer la naturaleza, sería necesario enseñar a amarla, nos decía premonitoriamente González Bernáldez en su *Descanso del Valle de la Fuenfría*. Pero nadie le consideró *influencer*.

La Chata de Malagosto

Nota: este relato ficticio, lejos de pretensiones alarmistas y sensacionalistas, busca concienciar de la importancia de la lucha contra el cambio climático para conservar nuestros ecosistemas.